

# Editorial

A lo largo de la historia, el saber científico se ha transferido fundamentalmente por documentos escritos, algunos de los cuales tienen una antigüedad de más de 4.000 años. Sin embargo, se han perdido importantes escritos como los de la biblioteca de Alejandría, de la cual no se conserva ninguna obra científica sustancial. De los tratados posteriores escritos por científicos griegos destacados, solo se conserva aproximadamente la mitad. Algunos están escritos en griego; en otros casos, son traducciones realizadas por eruditos árabes en la edad media. Las escuelas y universidades medievales fueron los principales responsables de la conservación de estas obras y del fomento de la actividad científica.

Desde el Renacimiento, esta labor ha sido compartida por las sociedades científicas; la más antigua de ellas, que todavía existe, es la Accademia Nazionale dei Lincei (a la que perteneció Galileo), fundada en 1603 para promover el estudio de las ciencias matemáticas, físicas y naturales. Ese mismo siglo, el apoyo de los gobiernos a la ciencia llevó a la fundación de la Royal Society de Londres (1660) y de la Academia de Ciencias de París (1666). Estas dos organizaciones iniciaron la publicación de revistas científicas, la primera con el título de *Philosophical Transactions* y la segunda con el de *Mémoires*. Los trabajos para sistematizar el conocimiento se remontan a los tiempos prehistóricos, como lo prueban los dibujos que los pueblos del paleolítico pintaban en las paredes de las cuevas, los datos numéricos grabados en hueso o piedra, o los objetos fabricados por las civilizaciones antiguas de nuestro país para esculpir los regalos dados por la madre naturaleza; por ejemplo, los animales que representaban dioses para sus culturas.

Enmarcado en este ancestral propósito, la Facultad de Ciencias Básicas de la Universidad del Tolima emprendió hace varios años este proyecto de divulgación científica, denominado revista *Tumbaga*, nombre que los españoles dieron a una aleación de oro y cobre que fabricaban los orfebres indígenas de América.

La escultura lítica funébrica que se ilustra en la portada es procedente de la región del valle medio del río Cabrera, vereda Ambicá, municipio de Dolores, Tolima; la representación simbólica de este elemento conforma una estructura antropomorfa, con rasgos que sobresalen como ojos, boca, nariz, en los costados se encuentran dos elementos que sobresalen, sobre el pecho en alto relieve se encuentra la representación de un pectoral, relacionado con la orfebrería del valle del Magdalena tolimense. Haciendo parte de esta figura, se halló un pectoral plano elaborado en material orfebre de tumbaga, el cual

conforma una estructura simétrica sobre su eje vertical y simplificada, esta metalurgia está relacionada con el inicio del denominado periodo tardío, fechado siglo X d.C.; estas representaciones de naturaleza simbólica subyacen como testimonio de la realidad preterita de esta sociedad. Arqueo.región. Numerosas culturas precolombinas se destacaron por su rica orfebrería, como la de la Tolita, la tairona o la quimbaya, que utilizaron la tumbaga para elaborar diversos objetos ceremoniales y adornos. Esta técnica revolucionó las culturas indígenas de nuestro país. Otros pueblos la utilizaron y la hicieron parte de sus costumbres. Así pudieron escribir su historia a través de esta habilidad que revolucionó el arte. De este modo, el saber científico ha revolucionado el pensamiento de muchas civilizaciones que comparten con otras culturas muy lejanas sus trabajos.

Nuestra revista es una herramienta de gran importancia en nuestro país ya que a través de ella se está escribiendo, construyendo y fomentado la ciencia, proporcionando oportunidad a los grandes pensadores, además de los futuros investigadores, para que compartan con la comunidad sus esfuerzos en la investigación y exploración en los nuevos campos del saber, sus diferentes proyectos, que aportan al desarrollo de la cultura la innovación y la tecnología de nuestro país. Los grupos obtienen reconocimiento publicando sus ensayos de campo, pues se dan a conocer ante la comunidad científica.

En este tercer número, vemos reflejados los esfuerzos de los estudiantes y profesores no solo de la Universidad del Tolima, sino de otros templos educativos que aportan su grano de arena para la construcción de nuestro documento de divulgación y de la ciencia. Este factor nos lleva a exigirnos cada día más para mantener nuestra revista y seguir trabajando por nuestra comunidad. Gracias a ustedes hacemos posible este sueño. 